

## **Fiesta de la Sagrada Familia – Hauterive – 29 de diciembre de 2013**

*Lecturas: Eclesiastés 3,3-17; Colosenses 3,12-21; Mateo 2,13-15.19-23*

“¡Levántate; coge al niño y a su madre! (...) José se levantó y cogió al niño y a su madre”

En el evangelio de esta Fiesta de la Sagrada Familia, se repite por dos veces esta frase en la que la palabra del ángel expresa la voluntad de Dios, de la que se hace eco inmediatamente la respuesta de José. La respuesta de José es, a la vez, un acto de obediencia a Dios y de responsabilidad hacia los suyos. José es fiel a una confianza, a una confianza divina: Dios le ha confiado a su Hijo y a su madre. Y esta fidelidad, esta responsabilidad, se expresa en el hecho de cuidar de ellos, de hacerse cargo de su vida, de su fragilidad, de su salvación en medio de la prueba.

También María se cuida de Jesús. Es su vocación, a la que será fiel y a la que se dedicará hasta la muerte en cruz de su Hijo y en su sepultura. Y Jesús, confiándole a Juan antes de morir, le hace comprender que el cuidado que ella ha tenido con Él tendrá que prolongarlo hasta el fin de los tiempos en el cuidado maternal hacia todos sus discípulos, hacia su Cuerpo que es la Iglesia. Y Juan, como si debiera suceder no solo a Jesús, sino también a José, es llamado a cuidar de María, llevándola a su casa.

En el fondo, toda vocación en la Iglesia es una forma de cuidado que cada uno está llamado a asumir. En cada una de nuestras vocaciones se nos confía alguien y se nos confía a alguien. Y esto da a toda vocación un matiz familiar, un acento de vida en familia, incluso la vocación de los y las que son llamados a una vida solitaria. Siempre se nos confía alguien.

Hoy se discute sobre la definición de una familia. Lo que a menudo se olvida es que la familia se define ante todo por el cuidado que se dan los unos a los otros. Una familia puede estar compuesta por todos los miembros ideales que se puedan desear, pero si esto no está acompañado de una fidelidad real en cuidarse los unos a los otros, la imagen ideal no servirá para nada. Esto mismo es válido para las comunidades. Las hay que tienen una forma “ideal”, en cuanto al número, a la variedad de edades, de los talentos, por la estabilidad, etc, pero si no se considera importante “coger consigo” con verdadero cuidado a los y a las que Dios nos confía, la comunidad no será viva ni fecunda.

José no discute jamás. Se deja llevar por el cuidado de Jesús y María y es en la realidad de su responsabilidad hacia las personas que le son confiados donde descubre su vocación, su camino, un paso tras otro. Descubre también lo que significa tener una familia, ser esposo, ser padre.

Todos hablan con gusto de su silencio. Pero el silencio de José es más para mirar que para oír. Su silencio deja hablar a la vida, su vida como relación verdaderamente asumida, su vida que, a imagen de María, toma consigo la vida de los demás en su corazón, en su proyecto, en la expresión de lo que él es, de los talentos que tiene.

Cada vez que el ángel le habla, le dice que se levante. Es normal, pues siempre está acostado durmiendo. Pero en la Biblia, “levantarse” no quiere decir solamente despertarse, sino retomar la vida, resucitar, y ponerse en camino. Cuando Dios pide a alguien que se levante, le pide aceptar el hacer un camino de vida, un camino de vida nueva. Y José acepta siempre renacer para vivir. Y vivir, es vivir para los demás, vivir determinados por el cuidado de los demás. Vivir significa no decir más “yo” sin decir “nosotros”, un “nosotros” que Dios define para cada uno, según su vocación y su historia. El “nosotros” que Dios nos confía es nuestra familia, nuestra “sagrada familia”, nuestra familia querida, dada, confiada por Dios.

La familia de Jesús, María y José es un signo de cómo cada familia humana, cada comunidad, cada verdadera relación, está llamada a reflejar en el mundo la Comunidad primera, original y eterna de la Trinidad. Dios quiere sembrar en el mundo reflejos de la Trinidad; no para mirarse allí, sino para compartir con nosotros su vida de comunión, la verdadera Vida que es comunión de amor, de responsabilidad, de cuidado recíproco; la vida donde el otro se convierte en la definición de lo que somos, donde el otro no se ve como un obstáculo, una traba, sino como un camino nuevo para nosotros, un camino de vida nueva, que va más allá de nuestros proyectos, más allá de nuestra vida.

Pero no se puede olvidar que el corazón de este reflejo de Comunión trinitaria, que son nuestras familias y nuestras comunidades en este mundo, es siempre Cristo, su presencia en la familia humana. Ha nacido para esto; ha muerto y resucitado para esto. Jesús permanece hasta el fin del mundo como el centro vital de la comunión, del amor humano, en todo lugar donde hay una relación, en todo lugar donde hay una familia, en todo lugar donde hay una comunidad.

María y José nos enseñan a vivir toda relación familiar y comunitaria con el corazón atento a la presencia de Cristo en medio de nosotros, que es una presencia divina hecha Niño, hecha pobre, frágil, incluso amenazada, para hacernos sensibles a la ternura que pide cada corazón humano. San Pablo recuerda a los Colosenses que para vivir en comunidad, para vivir en familia, para vivir en la Iglesia de Dios, el amor necesita estar de acuerdo con la fragilidad que el Hijo de Dios asumió a lo largo de toda su vida humana, desde el pesebre hasta la cruz. Y este estar de acuerdo con la pobreza de Cristo, que se nos confía como Niño, como Servidor sufriente, como Presencia eucarística, es la misericordia: “Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros” (Col 3,12-13).

Jesús, en efecto, redefine toda comunidad humana poniéndose en el centro como Niño pobre y amenazado que revela la ternura del Padre pidiendo la nuestra. Reconocerle, acogerle, nos da el levantarnos, el resucitar, para que nuestra vida sea un camino de comunión con Él, y en Él con todos.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General OCist*